

Sobrevivir no es vivir

IMRE KERTÉSZ

Kaddish por el hijo no nacido
Traducción de Adan Kovacsics.
El Acantilado, Barcelona, 2001.
147 páginas, 1.600 pesetas.

Sin destino
Traducción de
Judith Xantús Fzarvas.
Círculo de Lectores,
Barcelona, 2001.
238 páginas, 1.900 pesetas.

PARECE increíble, pero, sí, es verdad: Imre Kertész es otro caso de un autor extraordinario que durante décadas llevó una vida anónima de hormiga escritora y sólo ya de mayor fue descubierto y reconocido como lo que es: un pensador esencial del siglo XX y un gran escritor. Más inevitablemente una se imagina a Imre Kertész (1929) molesto con el revuelo en torno a su persona, con las complacidas sonrisas de los bienintencionados, confirmados en su fe de que al final siempre es recompensado el esfuerzo honrado y triunfa la obra de valía sobre la ignorancia del mundo.

Porque este húngaro nacido y criado en Budapest, deportado a los quince años a Buchenwald y liberado para verse encerrado de nuevo en una dictadura comunista, precisamente no escribía para el reconocimiento o la fama. Más bien al contrario, si es lícito atribuir las afirmaciones del narrador de *Fiasco* a su creador. Éste sacaba el estímulo necesario para seguir escribiendo de sus fracasos: «Esta sociedad me garantizaba la continuación de una vida de esclavitud y de este modo se encargó de que muchos errores ni si-

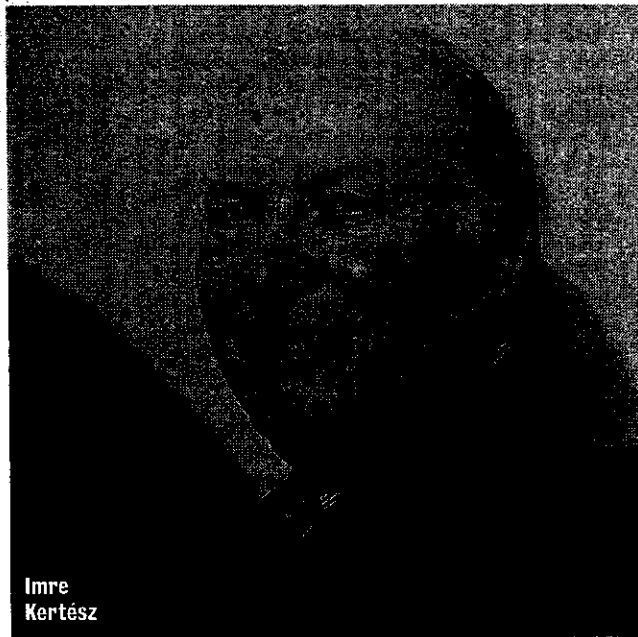
quiera llegaran a ser posibles». *Fiasco* se llama el segundo tomo de la trilogía de *Sin destino*, *Sorstalanság* en húngaro, un título para una vida sin posibilidad de elegir. El primero, *Sin destino*, tras trece años de gestación, publicado en 1975 e ignorado por no encajar en la ideología del régimen, es el relato de un adolescente sobre el año y medio que pasa en varios campos de concentración. Este chico no acepta su destino de judío, porque no se siente como tal y narra su vivencia desde esta perspectiva. Su ignorancia y chocante falta de (pre)juicio, su voluntaria adaptación a las reglas de los *lager*, otorga una escalofriante autenticidad a su relato y, al mismo tiempo, le niega al lector una explicación racional, un enjuiciamiento moral, la separación de víctimas y verdugos en buenos y

tanto en tanto en datos biográficos de un escritor —cómo conoce a su mujer, cómo termina la relación cuando ella le propone tener un hijo—, prevalece la reflexión. Son los pensamientos de una persona que no tiene «ninguna tarea en este mundo desde que llegué al final de mi existencia». Escribe para aclararse el «misterio de la supervivencia». Escribe para sobrevivir psíquicamente al acoso de los recuerdos, que le están cavando una fosa en el aire (como repite una y otra vez en alusión a la «Fuga de muerte» de Paul Celan). «En condición de subalquiler» en su apartamento como en la vida, elucubra, con un razonamiento absolutamente cristalino y lógico, sobre las posibilidades de libertad del individuo tras la experiencia del holocausto. La paternidad, en este contexto, se convierte en piedra de toque.

Porque con ella desaparece la única libertad posible para el hombre sin destino: la libertad del rechazo. El rechazo de perpetuar la autoridad, de participar en la imposición de todo un sistema de valores que declina con todo su ser. Como era de esperar, la contradicción entre libertad y no tener destino no se resuelve en *Kaddish por el hijo no nacido*. De hecho, nunca se ofrecen soluciones para las cuestiones que plantea Kertész —con increíble humildad y en un estilo de suma simplicidad (traducido, por cierto, de forma genial por Adan Kovacsics)— en sus novelas o ensayos. Se

quedan como paradojas de la vida y nos dejan pensativos y conmovidos. Su propuesta es otra: seguir reflexionando para buscar la libertad en el acto de pensar. «Sólo en la comprensión del mundo y de mi situación puedo encontrar al cabo [...] salvación».

Cecilia Drey Müller



Imre Kertész

malos.

En *Kaddish por el hijo no nacido*, la tercera novela de esta trilogía, ya ni siquiera hay relato en el sentido convencional de la palabra. El libro parece escrito desde la necesidad incontrolable de escribir. Brota compulsivamente en verborrea ininterrumpida, sin capítulos, sin párrafos, sin pausa alguna. Si bien el texto arranca y se apoya de